

La implícita teoría social de Harari y cinco tesis sobre la IA. Reseña crítica de Nexus: Una breve historia de las redes de información desde la edad de piedra hasta la IA

Mariano Zukerfeld¹

Recibido: 28/11/2024; Aceptado: 03/12/2024

Cómo citar: La implícita teoría social de Harari y cinco tesis sobre la IA. Reseña crítica de Nexus: Una breve historia de las redes de información desde la edad de piedra hasta la IA. *Revista Hipertextos*, 12 (21), e094. <https://doi.org/10.24215/23143924e094>

Ficha técnica:

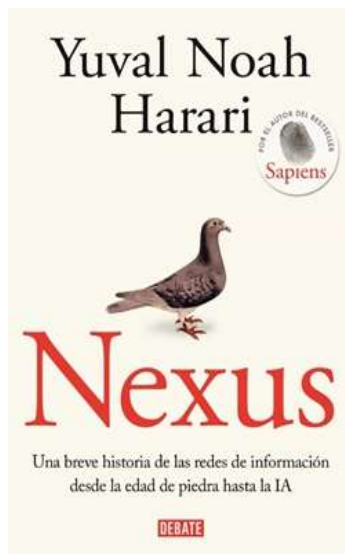
Título: Nexus: Una breve historia de las redes de información desde la Edad de Piedra hasta la IA

Año de edición: 2024

Autor: Yuval Noah Harari

Editorial: Debate

Págs: 608



¹ Investigador CONICET- e-TCS/CCTS/Umai. Profesor UBA, Facultad de Ciencias Sociales, Cátedra Informática y Relaciones Sociales. Contacto: marianozukerfeld@gmail.com

1. Introducción

Nexus, el esperado nuevo libro de Harari, es una obra en buena medida original y valiosa cuyo contenido, sin embargo, no ha generado el nivel de disrupción que habían logrado algunos de sus trabajos previos como *Homo Deus* (2016) y *Sapiens* (2014). No obstante, el texto realiza aportes interesantes para conceptualizar la relación entre las sociedades humanas y las redes de información. Las ideas de este texto posiblemente resulten extremadamente inspiradoras en algunos pasajes, altamente polémicas en otros y, lo que resulta inusual, quizás triviales o irrelevantes en ciertos tramos. En cualquier caso, sería un error que el lector interesado en las ciencias sociales soslayara la lectura y discusión de esta obra.

Nexus se propone, o al menos así lo anuncia su subtítulo, ofrecer una breve historia de las redes de información. Esta propuesta resulta muy atractiva dado que, si bien se cuenta con numerosas historias de la técnica, por lo general se trata de historias de las tecnologías de la materia y la energía (Mumford, 1934; Basalla, 1984). En cambio, no se cuenta a la fecha con obras masivas y exhaustivas que den cuenta de la historia de las tecnologías de la información y sus redes asociadas. Sin embargo, lo que se encuentra efectivamente en el texto es, más bien, otra cosa.

El libro está formalmente dividido en tres partes, pero a los efectos de esta reseña resulta conveniente ordenarlo en dos grandes unidades. La primera se trata de una teoría sobre las sociedades humanas, basada en las redes de información. La segunda consiste en un conjunto de reflexiones sobre la IA en la sociedad del presente, que enfatizan particularmente los aspectos relacionados con los regímenes políticos.

Esta reseña está dividida, así, en dos grandes partes. En la primera intento estilizar la teoría social que Harari presenta en *Nexus* y sus trabajos previos. En la segunda busco retomar, criticar y desarrollar algunas de sus ideas sobre la IA y propongo, como resultado, cinco tesis sobre la IA en el capitalismo digital.

2. Una implícita teoría de la sociedad

Harari no plantea explícitamente en este texto -ni en los anteriores- el propósito de estructurar una teoría social. Sin embargo, lo hace. En cada una de sus obras se observa la continuidad respecto de algunas ideas centrales y, a la vez, el añadido de nuevas piezas conceptuales y un énfasis diferencial en algún aspecto. A continuación, voy a reconstruir y sistematizar esa teoría social implícita, con la arbitrariedad que la necesaria concisión de la síntesis y los sesgos propios de mi perspectiva introducen.

1.1 Cooperación, ficciones y redes de información

Al igual que en sus trabajos previos, Harari parte de la idea de que los humanos (los *homo sapiens*) consiguieron dominar el mundo en base a su capacidad de cooperar en grandes números y de manera flexible (Harari, 2024, p. 53). Pero ¿cómo lograron esa capacidad de cooperar?

La respuesta es a la vez simple, bella, polémica y pletórica de consecuencias: para lograr cooperar en grandes números *la clave fueron los relatos ficticios y la capacidad de emocionarse con ellos*. Para

quien no haya leído ninguna obra de Harari hay que señalar que ficticios no alude a falsos, sino a que no están respaldados en aspectos objetivos. Se trata, en los casos que al autor le interesan particularmente, de realidades intersubjetivas.

(...) ciertos relatos son capaces de crear un tercer nivel de la realidad: la realidad intersubjetiva. Mientras que las cosas subjetivas como el dolor existen en una única mente, las cosas intersubjetivas -leyes, dioses, naciones, empresas y dinero- existen en el nexo que se establece entre un buen número de mentes. Más específicamente, existen en los relatos que las personas nos contamos unas a otras. (Harari, 2024, p. 60)

Hasta aquí, el argumento usual de Harari: las leyes, dioses, naciones, empresas y dinero, entre otros, son historias, relatos, narraciones, en fin, creencias intersubjetivas cuya eficacia viene dada no por su veracidad sino por su capacidad para concretar la cooperación entre grandes números de seres humanos.

En este punto, los añadidos de Nexus son dos: por un lado, la idea simple y ya latente en sus producciones previas, de que la difusión e intersubjetivación de las historias y ficciones sólo son posibles en el marco de las redes de información. *Así, el poder de los humanos descansa, en última instancia, en los rasgos de las redes de información que construyen en cada época.* Esta idea es crucial para seguir el hilo del libro: la IA es uno de los hitos de este eje vertebrante de la humanidad.

Por otro lado, en base a lo anterior, Nexus añade la noción de que los riesgos y padecimientos que enfrentan los humanos (la posible destrucción del planeta, la extinción de la humanidad o su división en castas debida a las tecnologías digitales, el ascenso del autoritarismo, etc.) surgen de los rasgos que han asumido esas redes de cooperación.

La humanidad consigue un poder enorme mediante la construcción de grandes redes de cooperación, pero la forma en que se construyen dichas redes las predispone a hacer un uso imprudente del poder. (Harari, 2024, p. 15)

De esta forma, *para Harari la información se define como un nexo social.* Esto ofrece un contraste con otras teorizaciones. Así la información no constituye una representación, una codificación -que es la conceptualización habitual-. A la vez, se distancia también de la idea de la información como verdad, señalando que la verdad es un subtipo particular, costoso y relativamente inusual de información.

1.2. Las redes de información: mitología, burocracia y verdad.

De acuerdo a Harari, las primeras redes de información involucran a las historias narradas oralmente. La escritura introduce un segundo momento, un segundo tipo de red de información.

Una idea importante refiere a que mientras que la oralidad permitió la difusión de la mitología (las ficciones, los relatos), la escritura fue clave para que prosperara la burocracia: registros contables, de las propiedades, de las normas, etc.

Así, las ficciones, las historias mitológicas son un componente decisivo, pero para que un sistema social prospere y se produzca la acumulación, es necesaria la burocracia.

La mitología y la burocracia son los pilares gemelos sobre los que se apoya toda sociedad de gran escala. Pero mientras la mitología suele inspirar fascinación, la burocracia suele inspirar sospecha. (Harari, 2024, p. 94).

Mitología y burocracia, al fin y al cabo, sirven a dos fines cruciales de la sociedad: dar sentido y proveer orden. La novedad de Harari consiste en asociar estos temas usuales en la teoría social con las redes de información y con los distintos soportes que la información ha tenido a lo largo de la historia.

El tercer elemento que introduce el autor es el de la noción de verdad. Si bien la información no es necesaria ni predominantemente equivalente a verdad, toda sociedad requiere cierta dosis de verdad. Sin embargo, demasiada verdad puede ser no solo costosa económicamente, sino inviable en términos políticos para el sostenimiento de un orden social.

Lo que la gente que ocupa las altas esferas sabe, y de lo que los físicos nucleares no siempre se percatan, es que en contadas ocasiones decir la verdad acerca del universo se convierte en la forma más eficiente de imponer orden entre un elevado número de humanos. Lo cierto es que para sobrevivir y germinar toda red de información humana necesita hacer dos cosas a la vez: descubrir la verdad y crear orden. (Harari, 2024, p. 72)

1.3 Mecanismos de autocorrección

En una de las argumentaciones originales y características de Nexus, Harari distingue entre órdenes sociales basados en redes de información que no presentan mecanismos de autocorrección (como los que surgen de la religión o los autoritarismos) de otros que prevén y utilizan esos mecanismos (como las constituciones modernas o la ciencia). Así, considera que las formas de organización social virtuosas son aquellas que son autoconscientes de sus limitaciones y consideran modos de modificarse de formas no traumáticas.

La autocorrección es una herramienta clave en la articulación de la verdad, la ficción y la burocracia. Aunque el autor no realiza una comparación específica, parece inferirse que en cada caso los mecanismos son distintos. Las redes de información vinculadas a la verdad están asociadas en Nexus de forma más o menos explícita a la ciencia. De acuerdo a Harari, en la ciencia la autocorrección es la norma. En una visión simplificada o ingenua, el autor señala que sólo se publican trabajos que señalan vacancias o errores de trabajos previos.

Desafortunadamente, este no es siempre el caso, como la sociología del conocimiento científico lo ha mostrado reiteradamente. En particular en la presente etapa del capitalismo digital, en la que la producción de información es barata (incluyendo a la información científica en la forma de papers) y las evaluaciones de los científicos dependen crucialmente de la cantidad de publicaciones, la polución académica es más usual de lo que sugiere Harari. Previsiblemente, la IA no está haciendo más que agravar hasta el límite esta situación. En otras palabras, el esquema de autocorrección de la ciencia que Harari idealiza (posiblemente con fines expositivos y de establecer contrastes) difícilmente sobreviva como tal sin modificaciones profundas en las próximas décadas.

En las redes de información de la burocracia, la autocorrección es contraria a la vocación de los agentes que la llevan adelante. Toda modificación contraría la pirámide legal y administrativa previa, los usos y costumbres e implica un esfuerzo cognitivo y organizacional notable. Sin embargo, las burocracias modernas prevén mecanismos de autocorrección. Por lo general, pese a que esa autocorrección presenta limitaciones y fallos más o menos evidentes, la posibilidad de cambio, la actualización y el error son ideas que aceptadas por las organizaciones contemporáneas.

Finalmente, la autocorrección parece ser notablemente más esquiva en las ficciones. Modificar de forma endógena las historias sobre la nación, el dinero o dios no es imposible, pero sí relativamente improbable. Resulta más factible que cada una de estas ficciones sea reemplazada por otra ficción que compite con ella, es decir, modificada de forma exógena y, usualmente, como parte de un conflicto.

2. Más allá de Harari y Nexus: Cinco tesis sobre la Inteligencia Artificial en el capitalismo digital.

Harari aporta diversas ideas que permiten caracterizar a la IA y, particularmente, delimitar la novedad que supone. En esta sección no voy a concentrarme en resumir el texto, sino en tomar algunas de esas ideas -las que me resultan más valiosas- y complementarlas con algunas críticas y argumentos propios. En suma, en esta sección, partiendo de retomar críticamente el texto de Harari, presentaré cinco tesis sobre la IA (AI por su sigla en inglés).

2.1 La ausencia del capitalismo

Comienzo por puntualizar una omisión crucial: Harari no menciona ni incorpora en su análisis de las sociedades ni de la IA al capitalismo como totalidad estructurante de las relaciones sociales, como mediación fundamental entre la naturaleza humana y las sociedades actuales.

Así, el autor parte de señalar que las limitaciones y fracasos de la humanidad (el sufrimiento, la destrucción del planeta, el riesgo de extinción, las limitaciones en el diálogo, las dictaduras, etc.) no se deben, como creen otros autores, a aspectos inherentes a la naturaleza humana, sino a las características contingentes de las redes de información que desarrollaron los humanos. Este es, evidentemente, un elemento clásico de las ciencias sociales: hay una mediación que implica que los humanos pueden relacionarse de distintos modos, y que lo efectivamente existente es sólo una forma de lo posible. Ergo, las redes de información podrían modificarse y de este modo, obtenerse configuraciones sociales diferentes a las actuales. Por ejemplo, para el caso de la presente etapa, el autor critica enfáticamente a los algoritmos de plataformas como Meta y señala, de modo convincente las implicancias éticas del funcionamiento de tales algoritmos (estimulando la manipulación de sentimientos, los discursos de odio y todas las modalidades que permitan cumplir el objetivo). Por caso, señala como en Birmania este funcionamiento de Meta fue una pieza clave en el genocidio de Rohinyá (Harari, 2024; capítulos 6 y 8).

Sin embargo, aquí (y en cada caso similar) es donde aparece el límite, el punto ciego de la valiosa reflexión de Harari: ¿cuál es la causa de que Meta programe sus algoritmos para maximizar la captación de atención? Como el mismo Harari señala, no se trata de la maldad o la falta de ética

inherente a la empresa, sus dueños o accionistas. En otras palabras y de modo más general, ¿cuál es la causa de que las redes de información presenten su forma actual?

La respuesta es sorprendentemente simple: es el afán de lucro, es decir, el rasgo de que se trate de empresas capitalistas el que lleva a supeditar toda otra consideración a la prosecución de ese lucro. La captación y mercantilización de la atención es un medio (parte de un modelo de negocios específico característico de la presente etapa), pero el elemento clave es la búsqueda incesante de acumulación de capital. Esta cuestión acarrea consecuencias bastante evidentes. Mientras el afán de lucro predomine como el motor que guía la creación e implementación de redes de información en general, y en particular de las IA, resultaría extraño esperar que los aspectos éticos (en cualquier sentido de la noción de ética) se vean priorizados.

En Nexus y en las intervenciones públicas de Harari, aunque no se diga explícitamente, parece alojarse la idea de que en los viejos buenos tiempos (el siglo XX) las redes de información dominantes (la prensa gráfica, la radio, la TV) tenían un apego a la verdad mayor, jerarquizaban cuestiones morales, etc. Si bien es bastante discutible que a nivel agregado (todos los medios del mundo) esto sea correcto, sí es importante señalar que la relación entre el afán de mercantilización, lucro y acumulación constitutivos del capitalismo y los modelos de negocios de las redes de información han ido variando históricamente. En particular, se diferencian según las etapas y fases del capitalismo. Así, las redes capitalistas de información del capitalismo industrial (1780-1970, con sus distintas fases) presentaban modelos de negocios (y en diálogo con ellos, regímenes de verdad y ética, por llamarles de algún modo) divergentes de los del capitalismo digital (1970- al presente, también con sus diversas fases).

En otras palabras: mientras no se discuta el carácter capitalista de las redes de información en general y de la IA en particular, será muy difícil que puedan gobernarse sus destinos de un modo que contribuya con el desarrollo de sociedades más libres y más justas. En suma, y como retomaremos más abajo, un análisis de la IA efectivamente existente debe partir de una constatación simple: todos los modelos dominantes a la fecha (Chat GPT, Gemini, Llama, etc) han sido desarrollados como engranajes de firmas que buscan maximizar el lucro. Los rasgos que cada uno de ellos presenta pueden comprenderse en base a un conjunto amplio de factores, entre los cuales la búsqueda de mercantilización y acumulación por parte de las firmas no deberían soslayarse. De otro modo: si bien no todos los rasgos que presentan las IA surgen de su vínculo con el capitalismo, muchos sí lo hacen, por lo que la pregunta sobre tal vínculo resulta pertinente en cada rasgo.

En este contexto de recuperación crítica de los aportes de Harari es que quiero formular, de manera resumida, cinco tesis sobre la IA. Las titulo con términos que respetan la sigla en inglés (AI), pero cuyo significado se aleja de la expresión “inteligencia” y “artificial” dado que, como señala no sólo Harari sino también otros autores, ambos términos son imprecisos para describir los rasgos del conjunto de tecnologías digitales y algoritmos que busca englobar.

2.1 Agentes inorgánicos

El concepto fundamental para describir a las IA es el de *agentes*: entes con capacidad de actuar (tomar decisiones, tener iniciativas, modificarse en su devenir). Son, de hecho, un tipo peculiar de agentes: a diferencia de los humanos, animales y vegetales, se trata de agentes inorgánicos. Es decir, de seres de silicio que no tienen los constreñimientos del carbono, y no necesitan descanso o afecto. Esta tesis, ontológica, refiere a toda forma de IA, capitalista o no capitalista.

2.2 Actuación inescrutable

A la vez, uno de los rasgos más notables de las IA actuales es la *imposibilidad de ser fiscalizadas, evaluadas, supervisadas de forma completa o profunda*. Esto se debe, principalmente, a que la complejidad de las operaciones algorítmicas que realizan es tal que ningún humano puede comprenderlas en tiempo y forma. Previsiblemente, esta asimetría se incrementará con el paso del tiempo. Si bien se vienen realizando esfuerzos en favor de que el funcionamiento de las IA sea explicable, es decir, que las mismas se diseñen de modo tal que permitan la comprensión de su funcionamiento por parte de humanos expertos y no expertos, el objetivo no parece factible de ser alcanzado. Esto se debe, en última instancia, a la lógica del avance del capitalismo. Las empresas que desarrollan IA lo hacen en un contexto de competencia intercapitalista. Cuanta mayor es la velocidad en la innovación de sus respectivas IA, mayores son las probabilidades de capturar mercados que, por cierto, son del tipo “el ganador se queda con todo”. En ese contexto, disminuir el ritmo de la innovación tecnológica hasta que los protocolos de explicabilidad estén desarrollados y en funcionamiento, o sólo avanzar si es que no se supera el límite de la comprensión humana acerca de cómo funcionan estos algoritmos, serían conductas contrarias al espíritu capitalista.

Pero la actuación inescrutable, es decir, las dificultades para fiscalizar las conductas de las IA actuales obedecen en el presente también a otra cuestión: *la ausencia de identificación*. En efecto, cuando nos enfrentamos con un bien digital por lo general no contamos con manifestaciones claras, y menos aún con certificaciones inequívocas, acerca de si ha sido elaborado por humanos o por una IA. Sin embargo, el tratamiento legal y ético que debe darse a productos de humanos e IA es bien distinto. Por ejemplo, dice Harari, los algoritmos no tienen por lo general el derecho a la libertad de expresión legalmente consagrada, mientras que los humanos sí. Es por ello que la identificación de los algoritmos como tales es una pieza esencial de cualquier regulación que se proponga aún dentro de la juridicidad capitalista -como lo propone el propio Harari-.

2.3 Autocorrección incompleta

Más arriba comentamos la importancia de los mecanismos de autocorrección en la teoría social de Harari. Pero, ¿qué sucede con la IA? Podría creerse que al tratarse de algoritmos que se modifican constantemente, su autocorrección es simple y hasta frecuente. Sin embargo, Harari entiende que ese no es el caso. Quiero aquí introducir una argumentación que va en el mismo sentido que la del autor, pero ligeramente distinta de la suya. La autocorrección limitada de las IA actuales puede captarse en términos de la clásica distinción sociológica entre medios y fines. La racionalidad de la IA consiste en optimizar los medios para alcanzar fines definidos inicialmente. Así, el modelo puede y suele autocorregirse para modificar los medios. Pero, al menos en los casos de las IA dominantes a la fecha, los fines se determinan de una vez y para siempre. Por ejemplo, los

algoritmos que deciden qué contenido mostrar a los usuarios de Facebook, YouTube o TikTok tienen por fin maximizar la atención dedicada por estos con el objetivo último de maximizar el lucro. De esta forma resulta que el contenido más extremista, que apela a emociones inmediatas y violentas es el que mejor sirve a dicho fin. El ejemplo mencionado más arriba de la masacre Rohinyá sirve en este punto. *De este modo, la autocorrección de los fines del propio algoritmo no es posible;* sólo la intervención humana -es decir, de agentes exógenos- puede modificarlos. Sin embargo, mientras esos humanos y las organizaciones que representan tengan como prioridad última al lucro, aún estas correcciones externas se topan con dificultades inherentes.

2.4 Alternativa Inhumana

Quizás sea esta la idea menos original de las tesis que quiero presentar, pero no la menos importante: *la IA representa un desafío a la noción de lo humano.* Y lo hace en diversos planos que podemos resumir en dos interrelacionados: las cuestiones económicas y las filosóficas. Lo que sigue es compatible con las ideas de Harari, pero no surge de manera directa de sus textos.

En términos filosóficos, *los algoritmos han profanado uno tras otro los distintos refugios en los que el antropocentrismo liberal intentó refugiarse la sagrada esencia única de lo humano.* Ese refugio fue primero el de la inteligencia, pero Deep Blue derrotó a Kasparov en el lejano 1997. Luego fue el deseo y la afectividad, pero los algoritmos de Instagram, Tinder, YouTube y tantos otros nos mostraron que podían entender y manipular nuestros afectos, emociones y sentimientos mejor que nosotros mismos. Se trata, claro, no de una gestión de la afectividad neutral o diversa, sino de una orientada y extremadamente exitosa en transformar en mercancías todas las interacciones afectivas humanas. La conquista del deseo por parte de los algoritmos es, en realidad, el triunfo de la mercantilización, la alienación y la explotación de las relaciones humanas que, en cierta medida, no se hallaban moldeadas por el capital. Posteriormente, durante algunos años se consideró que la toma de decisiones y la creatividad eran la segura guarida del talento exclusivamente humano. Pero, cada vez más, por ejemplo, los algoritmos que manejan el sistema financiero y las creaciones artísticas y literarias han jaqueado esta posición. Véase por caso la música que puede crearse en Suno.com.

A veces se contraargumenta señalando que en realidad los algoritmos no tienen auténticamente creatividad, sino que lo que hacen es tomar fragmentos previos de la cultura humana, combinarlos y mezclarlos para obtener algo que parece nuevo, pero en realidad es sólo una reedición del conocimiento humano previo. Esto último es completamente cierto, pero es exactamente tan (o más) cierto para los humanos. No hay creación desde la nada. El problema principal radica en que la noción de creatividad y originalidad con la que operan

esas concepciones es un producto del romanticismo liberal que ha sido ideológicamente muy exitoso, pero en términos empíricos irremediablemente falso. De modo que, una de dos: si la creatividad se refiere a la novedad absoluta, impoluta de esquirolas cognitivas preexistentes, tanto los algoritmos como los humanos carecen de tal facultad; si, en cambio, la creatividad refiere a la combinación de materiales surgidos previamente, tanto los humanos como las recientes IA presentan algo que cabe denominar como creatividad. En cualquier caso, en este y otros argumentos resulta sociológicamente interesante notar en qué medida las reacciones son síntomas del malestar antropocéntrico, del rechazo de los humanos a sentir un nuevo descentramiento: luego

de Galileo, Marx, Freud, es ahora la IA la que limita lo que creíamos sobre nosotros mismos. Actualmente, el último refugio que los humanos hemos encontrado es el de la conciencia. ¿Será efectivamente inexpugnable?

En términos económicos, son bien conocidos los debates sobre los efectos de la IA en el empleo. En medio de las opiniones encontradas, pueden señalarse al menos dos conclusiones.

La primera de ellas consiste en que *la novedad de las IA recientes (los LLM y la IAG) radica en su posibilidad de complementar o sustituir empleos cognitivos no rutinarios*. Durante el capitalismo industrial, la sustitución de empleos alcanzó a diversas actividades manuales. En la primera fase del capitalismo digital la sustitución llegó a nuevos oficios manuales, pero también a las tareas cognitivas rutinarias. Sin embargo, en todos los casos anteriores, la conclusión de los expertos era que quienes se volcaran a los trabajos digitales y cognitivos no rutinarios tendrían un futuro laboral asegurado. Por ejemplo, se recomendaba estudiar programación o carreras afines. El impacto notable de los LLM e IAG consiste, por eso, en sustituir o complementar esas actividades cognitivas.

La segunda conclusión refiere al hecho de que si bien los debates principales han girado en torno de la magnitud de la potencial desaparición de empleos, hay otras cuestiones cruciales que se discuten menos. Entre ellas la principal es acerca de *quién se queda las ganancias de productividad generadas por la IA*. En efecto, diversos estudios coinciden en señalar que la productividad aumenta notablemente con estas herramientas. Pero poco y nada se polemiza sobre quiénes y en qué proporciones tienen derecho a apropiarse de ese excedente. ¿Las empresas dueñas de los algoritmos, las empresas locales, el Estado, los trabajadores, los titulares de las obras y datos que entrenaron a los algoritmos, la sociedad en general?

2.5 Apropiación Incluyente

Si bien el discurso mainstream tiende a señalar que las apropiaciones impagas de conocimientos (la llamada “piratería”) es un fenómeno excepcional y patológico en el funcionamiento del capitalismo, diversos autores han mostrado que se trata más de la norma que de la excepción. El desarrollo de las firmas y los países exitosos en la acumulación de conocimientos recurre, al menos en su despegue, y en muchos casos en todo su despliegue, de apropiaciones impagas de conocimientos.

En el caso del capitalismo digital, su segunda fase, que comienza en 2005 aproximadamente, se caracteriza por el ascenso de modelos de negocios que promueven la apertura, la comunidad, la libertad. Contrariamente al acceso pago y cerrado detrás de paywalls, plataformas como YouTube, Instagram, TikTok y tantas otras ofrecen acceso abierto y gratuito a sus contenidos. Pero, ¿es posible que una empresa con fines de lucro sea exitosa si ofrece contenido gratuitamente? Hace más de dos décadas que sabemos que la respuesta a esta pregunta es afirmativa, y eso se debe a dos razones vinculadas. Por un lado, estas firmas venden flujos de atención humana -el recurso escaso en una era de información sobreabundante- que captan a través de sus contenidos. Una atención humana que, por cierto, viene especificada por los numerosos datos acerca de las características de los consumidores que recolectan. Por otro lado, estas plataformas se basan en que los internautas produzcan contenidos de forma igualmente gratuita, es decir, sin que medie necesariamente un pago.

De este modo, se configura un modelo de negocios en el que los consumidores brindan datos y atención a publicidades, y producen los contenidos de forma impaga. A este modelo se lo ha descripto como de “apropiación incluyente”, “contenido perdido por los usuarios” o “profit from openness”.

Es en este marco que puede plantearse la quinta y última tesis: *las IAG capitalistas surgidas en el capitalismo digital se insertan en el modelo de negocios característico de la presente etapa, y lo radicalizan. Así, ofrecen acceso gratuito a algunas características de sus IA, a cambio de apropiarse de los datos y contenidos disponibles en toda la web. Es esta situación la que lleva al reclamo de numerosos titulares de derechos de autor que consideran que sus obras han sido aprovechadas con fines de lucro por las firmas de IA sin ninguna compensación ni ninguna clase de consentimiento (a diferencia incluso de las plataformas de redes sociales).*

Referencias

Harari, Y. N. (2014). *Sapiens: A brief history of humankind*. Harper.

Harari, Y. N. (2016). *Homo Deus: A brief history of tomorrow*. Harper.

Harari, Y. N. (2024). *Nexus*. Debate.

Mumford, L. (1934). *Technics and Civilization*. Brace & World. Basalla, G. (1988). *The Evolution of Technology*. Cambridge University Press.

Zukerfeld, M., Rabosto, A., Fredes, M., y DeMarco, C. (2023). Encuesta de usos de ChatGPT en Argentina: Resultados preliminares sobre frecuencia de uso, productividad en el trabajo y sustitución de tareas. *Hipertextos*, 11(20), 075. <https://doi.org/10.24215/23143924e075>

Zukerfeld (2018). La intersubjetividad algorítmica y la muerte del humanismo. Reseña de Homo Deus. Breve historia del mañana de Yuval Noah Harari. *Hipertextos*, 6(9), 191–205. <https://revistas.unlp.edu.ar/hipertextos/article/view/7650>